

Nacido en el pueblo fué un asesino: colocado en otra esfera y con las cualidades que tenía, hubiera sido un hombre grande.

Puntiagudo era el perfecto tipo del hombre del Mediodía: color de aceituna, ojos de águila, nariz encorbada, diente de esmalte. Aunque de una estatura algo mas que mediana, aunque encorbada su espalda por el hábito de llevar fardos, y arqueadas las piernas hacía fuera por efecto de la presión del enorme peso que transportaba diariamente, era de una fuerza y una destreza extraordinarias. Lanzaba por encima de la puerta de Loulle una bala de cuarenta y ocho; arrojaba una piedra de una orilla á otra del Ródano, es decir, á mas de doscientos pasos de distancia; en fin, arrojaba al huir su cuchillo de una manera tan vigorosa y tan precisa, que esta nueva flecha de partho, iba silbando á clavarse á quince pasos en una moneda de cinco francos en un árbol. Agréguese á esto una destreza igual en la escopeta, en la pistola, en la espada y en el palo. Un talento natural, vivo y rápido. Un odio profundo que había profesado á los republicanos al pié del cadalso de su padre y de su madre, y se tendrá una idea de lo que era este terrible jefe de los asesinos de Avignon, que tenía á sus órdenes como primeros agentes á Farges, oficial de tejedor de tafetanes; á Roquefort, mozo de cordel; Nadaud, panadero, y á Magnan, ropavejero.

En la época en que pasa el terrible drama que vamos á contar, Avignon se hallaba enteramente entregado á algunos de estos hombres, á quienes las autoridades civiles y militares no querían, no se atrevían, ó no podían reprimir en sus desórdenes.

Entonces se supo allí que el mariscal Brune que se hallaba en Luc, con seis mil hombres de tropas, era llamado á París para dar cuenta de su conducta al gobierno.

EL MARISCAL BRUNE.

Conociendo el general el estado del Mediodía y sabiendo los peligros que le aguardaban había pedido el permiso de volver por mar: le había sido formalmente negado. El duque de Riviera, gobernador de Marsella, le había dado un salvo-conducto. Rugieron de alegría los asesinos al saber que un republicano de 89, un mariscal del imperio iba á atravesar por Avignon. Corrieron rumores siniestros: se decía, y era una calumnia infame ya cien veces desmentida, que Brune, que no había llegado á París si no el 5 de setiembre de 1792, había el 2 lle-

vado en la punta de la pica la cabeza de la princesa de Lamballe.

Muy pronto se difundió la noticia en Avignon de que el mariscal había estado á punto de ser asesinado en Aix: se confirmó. El mariscal no había debido sus salvaciones si no á la ligereza de sus caballos. Pontiagudo, Farges y Roquefort, juraron que no sucedería lo mismo en Avignon.

Siguiendo el camino que había tomado el mariscal no tenía mas que dos salidas para llegar á Lion: necesitaba pasar por Avignon ó evitar la ciudad dejando dos leguas antes de llegar á ella el camino de Pointu y metiéndose en un camino de travesía. Los asesinos previeron estas cosas, y el 2 de agosto, día en que se esperaba al mariscal, Pontiagudo, Magnan y Nadaud, acompañados de cuatro de sus hombres, subieron á las seis de la madrugada en un carricoche y saliendo del puerto del Ródano fueron á emboscarse en el camino de Pointu.

Llegado á la confluencia de los caminos el mariscal, prevenido de las disposiciones hostiles de Avignon quiso tomar el camino de travesía que se le presentaba y sobre el que le aguardaban Pontiagudo y sus gentes; pero el postillon rehusó obstinadamente el ir por él diciendo que su parada era en Avignon y no en Pointu ni en Sorgas. Uno de los edecanes del mariscal quiso obligarle á ir adelante con una pistola; pero se opuso el mariscal á que se hiciese violencia á aquel hombre y dió orden de continuar el camino de Avignon.

A las nueve de la mañana entraba el mariscal en Avignon y se paraba á la puerta del hotel del Palacio Real que era entonces el de la posta. Mientras cambiaba de caballos y se examinaban los pasaportes y salvo-conducto á la puerta del Loulle, el mariscal se bajó á tomar un caldo. Estaría como unos cinco minutos en el hotel cuando ya se veía agolpada á la puerta una considerable multitud de gente. Mr. Moulin, el dueño del hotel, reconociendo aquellos sombríos rostros de mal agüero, subió inmediatamente al cuarto del mariscal y le invitó á que no aguardase la devolución de sus papeles, le dió el consejo de que marchase en el mismo instante y le prometió mandar un carrerista á caballo que le alcanzase y le devolviese los papeles, de él y sus edecanes, á dos ó tres leguas de la ciudad.

Bajó el mariscal: estaban listos los caballos: subió al carruaje en medio de los murmullos del populacho, entre el que comenzaba á circular el terrible *zaou*, ese grito de escitación que encierra todas las amenazas según el modo con que se ha pronunciado y se quiere decir en una sola sílaba: ¡morded! ¡destrozad! ¡matad! ¡asesinad!

El mariscal partió al galope, pasó sin obstáculos la puerta de Loulle perseguido, ame-

nazado; pero no detenido todavía por los aullidos del populacho. Creía ya estar fuera del alcance de sus enemigos cuando al llegar al puente del Ródano encontró un grupo de hombres armados con escopetas y mandado por Farges y Roquefort. Aquel grupo apuntó al postillon y le mandó que volviese atrás. Forzoso fué obedecer: al cabo de cincuenta pasos el carruaje se encontró cara á cara con los que le perseguían desde el hotel del Palacio Real. El postillon se detuvo: en un momento cortaron los tirantes de los caballos. El mariscal abrió entonces la portezuela y bajó con su ayuda de cámara; entró por la puerta del Loulle seguido del segundo carruaje donde iban sus edecanes, y volvió á llamar al Palacio Real, que se abrió para recibir á él y su comitiva, é inmediatamente volvió á cerrarse después.

El mariscal pidió un cuarto: Mr. Moulin le dió el número 4 que daba sobre la fachada. Al cabo de diez minutos tres mil personas llenaban la plaza: la población salía de debajo de las piedras. En aquel momento el carruaje abandonado por el mariscal llegó conducido por el postillon que había vuelto á atar los tirantes, y le abrieron la puerta cochera. La muchedumbre quiso precipitarse en tropel; pero el mozo de cordel Vernet, y Mr. Moulin, que son dos hombres de una fuerza colosal, empujaron cada uno una hoja de la puerta, lograron unirlos y atrancaron la puerta. Los edecanes, que hasta entonces se habían quedado en su carruaje bajaron y quisieron ir al lado del mariscal; pero monsieur Moulin dió orden al mozo Vernet que los ocultase en un pajar. Vernet cogió uno por cada mano, los arrastró á su pesar y los arrojó detrás de unos toneles vacíos echando sobre ellos un alfombra vieja, y les dijo con esa voz solemne que profetiza:

—Si haceis el menor movimiento, sois muertos!

Los edecanes permanecieron inmóviles y silenciosos.

En este momento Mr. de San Chamans, prefecto de Avignon, que había llegado á la ciudad apenas hacia una hora, se lanzó en el patio. Hacían pedazos las ventanas y el postigo de la calle: la plaza se hallaba atestada de gente y se oían mil gritos de muerte que dominaba el terrible *zaou*. Mr. Moulin vió que todo era perdido si no se sostenían hasta el momento en que llegasen las tropas del mayor Lambot; dijo á Vernet que se encargase de contener á los que derribaban la puerta y él que se encargaría de los que habían pasado por la ventana; y aquellos dos hombres solos contra toda una población rugiente emprendieron disputarles la sangre de que se hallaba sedienta.

Lanzáronse los dos, el uno á la calle y el otro al comedor: puerta y ventana habían sido ya rotas; muchos hombres habían entrado

por ellas. A la vista de Vernet, cuya fuerza conocían, retrocedieron. Vernet aprovechó aquel momento y volvió á cerrar la puerta. En cuanto á Mr. Moulin cogió su escopeta de dos cañones, que estaba arrimada á la chimenea, apuntó á los cinco hombres que se hallaban en el comedor, y les amenazó con hacerles fuego sino se retiraban al instante.

Cuatro obedecieron: uno solo se quedó. Mr. Moulin viéndose de hombre á hombre, dejó su fusil, cogió por las caderas á su adversario, lo levantó en el aire, cual si hubiera sido un niño, y lo arrojó por la ventana. Tres semanas después aquel hombre murió, no de la caída sino del apretón. Mr. Moulin se lanzó entonces á la ventana para cerrarla.

En el momento en que empujaba los postigos sintió que le cogían la cabeza y que se la doblaban violentamente sobre el hombro izquierdo; en aquel mismo instante saltó un cristal hecho pedazos y el hierro de una hacha se resbaló sobre su espalda. Mr. de San Chamans había visto bajar el hacha y había separado, no el hierro, sino el objeto á que se dirigía. Mr. Moulin agarró el hacha por el mango, que arrancó de manos del que acababa de darle un golpe que tan felizmente había evitado; después volvió á cerrar la ventana, la atrancó bien con las barras interiores y subió al cuarto del mariscal.

Lo encontró paseando á grandes pasos por el cuarto. Su hermoso y noble rostro se hallaba tranquilo, cual si todos aquellos hombres, todas aquellas voces, todos aquellos gritos no pidiesen su muerte. Mr. Moulin le hizo pasar del cuarto número 4 al cuarto número 3, que colocado á la espalda y dando al patio, ofrecía alguna probabilidad de salvación que no tenía el otro. Pidió papel de cartas, una pluma y un tintero. Mr. Moulin se lo dió; el mariscal se sentó delante de una mesita y se puso á escribir. En aquel momento se dejaron oír nuevos gritos.

Mr. de San Chamans los había producido al mandar á aquella multitud que se retirase. Mil voces le habían preguntado que quién era para mandar: entonces les dijo que era el prefecto.

—No conocemos el prefecto sino por sus vestidos, le contestaron de todas partes.

Desgraciadamente el equipage de Mr. de San Chamans venía por la diligencia y no había llegado aun. Hallábase vestido con una casaca verde, un pantalon de mahon y un chaleco de piqué, trage poco imponente en semejantes circunstancias. Se subió sobre un banco para arengar al populacho; pero una voz se puso á gritar:

—¡Abajo la casaca verde! Bastantes charlatanes tenemos como éste.

Se vió obligado á bajarse. Vernet le volvió á abrir la puerta. Algunos hombres quisieron aprovecharse de esta circunstancia para entrar al mismo tiempo que él; pero Vernet dejó

caer tres veces su puño y tres hombres fueron rodando por el suelo como toros derribados por la maza del carnicero. Los demás se retiraron. Doce defensores como Vernet hubieran salvado al mariscal; y sin embargo, aquel hombre era también realista: profesaba las opiniones de los que combatía, y para él como para ellos el mariscal era un enemigo mortal; pero tenía un corazón noble: quería un juicio y no un asesinato.

Entretanto un hombre había oído lo que se había dicho á Mr. Chamans a propósito de su traje, y había ido á ponerse el suyo. Aquel hombre era Mr. Dupuy, hermoso y digno anciano, con cabellos blancos, rostro apacible y voz conciliadora. Volvió con su traje de maire, su faja y su doble cruz de San Luis y de la legión de honor: pero ni su edad, ni su título impusieron á aquellos hombres; ni aun le dejaron llegar hasta la puerta. Lo echaron al suelo y le pisotearon, su traje y su faja fueron hechos pedazos, manchadas sus canas de polvo y sangre. La exasperación se hallaba en su colmo. Entonces se presentó la guarnición de Avignon: se componía de cuatrocientos voluntarios formando un batallón que llamaban el Real de Angulema. Iba mandado por un hombre que se titulaba teniente general del ejército libertador de Vaucluse. Aquella tropa se colocó bajo las ventanas mismas del hotel del Palacio Real. Hallábase compuesta casi enteramente de provenzales hablando el mismo patois que los mozos de cordel y gente del pueblo. Preguntaron estos á los soldados qué venían á hacer allí y por qué no les dejaban hacer tranquilos su justicia, y si iban á estorbarlo.

—Muy al contrario, respondió uno de los soldados: echadle por la ventana y nosotros le recibiremos con las puntas de las bayonetas.

Gritos de atroz alegría acogieron esta respuesta á la que siguió un silencio de algunos instantes. Fácil era conocer que aquel pueblo se hallaba aguardando y que aquella calma no era más que aparente.

En efecto, muy pronto nuevas vociferaciones se dejaron oír, empero esta vez en el interior del hotel. Se había destacado un grupo del tropel. Guiado por Farges y Roquefort había, por medio de escalas, subido por las paredes y dejándose resbalar desde el tejado habían caído en el balcón que daba cerca de las ventanas del cuarto del mariscal, el que descubrieron sentado y escribiendo. Precipitáronse los unos al través de la ventana sin abrirla, mientras que otros se lanzaban por la puerta. Sorprendido el mariscal, rodeado así de pronto, se levantó, y no queriendo que la carta que escribía al comandante austriaco para reclamar su protección cayese en manos de aquellos miserables, la hizo pedazos. Un hombre que pertenecía á una clase más elevada que los otros, y que aun lleva la cruz que recibió por la conducta que había observado

sin duda en esta ocasión, se adelantó hacia el mariscal con la espada en la mano y le dijo: que si tenía alguna disposición que hacer, la hiciese pronto, porque no le quedaban más que diez minutos que vivir.

—¿Qué estáis diciendo de diez minutos? exclamó Farges dirigiendo el cañón de una pistola al pecho del mariscal.

El mariscal levantó la boca del cañón con la mano, salió el tiro, y la bala fué á dar á la cornisa.

—¡Torpe! dijo el mariscal encogíendose de hombros, ¡que no sabes matar á un hombre á boca de jarro!

—Es verdad, respondió Roquefort, vais á ver como se hace eso.

Y al mismo tiempo apuntó al mariscal con una carabina: salió el tiro, y el mariscal cayó redondo muerto. La bala le había atravesado el pecho, y había ido á clavarse en la pared.

Aquellos dos tiros fueron oídos en la plaza y habían hecho saltar de gozo al populacho. Respondió á ellos con verdaderos aullidos. Un miserable llamado Cadillan corrió entonces al balcón que daba á la plaza, y llevando en cada mano una pistola, que ni aun se había atrevido á descargar sobre el cadáver, se puso á bailar enseñando las inocentes armas.

—¡Estas son las que han dado el golpe!

Mentía el jactancioso, y se alababa de un crimen cometido por asesinos más atrevidos. Detrás de él venía el *general del ejército libertador* de Vaucluse: saludó graciosamente al público.

—El mariscal se ha hecho justicia, dijo: viva el rey!

Gritos, en los que á la vez había alegría, venganza y odio, se alzaron en aquel momento de aquella inmensa muchedumbre, y el procurador del rey y el juez de instrucción, se pusieron en el acto á redactar el proceso del suicidio. Habiéndose terminado todo, monsieur Moulin quiso al menos salvar los efectos preciosos que contenía el carruaje del mariscal. Halló en la maleta 40,000 francos; en el bolsillo una caja de tabaco guarnecida de brillantes; y en las bolsas del carruaje un par de pistolas y dos sables, el uno con puño guarnecido de piedras preciosas. Era un regalo del desgraciado sultán Selim.

Al atravesar Mr. Moulin el patio con aquellos objetos, el sable de distinción fué arrancado de sus manos por el comandante de voluntarios, que le conservó cinco años como un trofeo.

En 1820 se vió obligado á entregarlo al mandatario de la mariscalía Brune. Aquel oficial conservó sus grados bajo la restauración y solo fué destituido en 1830.

Puestos á buen recaudo y seguridad estos objetos, Mr. Moulin escribió á Mr. Puy para que hiciese transportar el cadáver del maris-

cal á la capilla, á fin de que desapareciese la muchedumbre, y de que pudiesen salir los edecanos: el maire envió un comisario de policía con la caja mortuoria y cuatro mozos.

Al desnudar al mariscal para comprobar su defunción, Mr. Moulin percibió un cinturón que llevaba alrededor del cuerpo; lo desató y lo puso en seguridad: contenía 4,000 francos.

Todos estos objetos han sido religiosamente entregados á la mariscalía.

El cuerpo del mariscal Brune fué colocado sobre la caja y bajado sin oposición: pero apenas habían dado los mozos que lo llevaban veinte pasos en la plaza, cuando resonaron por todas partes los gritos ¡al Ródano! ¡al Ródano!

Habiendo querido hacer resistencia el comisario de policía, lo arrojaron al suelo y lo atropellaron. Los mozos recibieron la orden de cambiar de camino: obedecieron. La muchedumbre los arrastró hacia el puente de madera: llegados al cuarto arco les arrancaron la caja de las manos, y el cuerpo fué precipitado, y á los gritos de *los honores militares*... descendieron todos las escopetas sobre el cadáver, que recibió dos nuevas balas.

Escribieron con letras encarnadas, con almazarón, en el arco del puente, *sepulcro del mariscal Brune*.

El Ródano no quiso ser cómplice de aquellos hombres; hizo sobrenadar el cadáver que sus asesinos creían sumergido. Al día siguiente se hallaba detenido sobre las playas de Tarascon, pero ya había llegado allí la noticia del asesinato. Habiendo sido reconocido el cuerpo por sus heridas, lo volvieron á arrojar al Ródano y el río continuó llevándolo hacia el mar.

Tres leguas más lejos se detuvo por segunda vez enredado en unas yerbas. Un hombre de unos cuarenta años y un joven de diez, le vieron y lo reconocieron también: pero en lugar de volverlo á arrojar al Ródano lo sacaron á la orilla, lo llevaron á la hacienda de uno de ellos, y lo enterraron religiosamente. El de más edad de los dos hombres era Mr. de Chartrouse y el más joven Amadeo Pichot.

Fuó exhumado el cuerpo por orden de la mariscalía de Brune, transportado á su hacienda de San Justo, en Champaña, embalsamado, colocado en un cuarto cerca de su alcoba, y allí permaneció cubierto con un velo, hasta que un juicio público y solemne, lavó su memoria de la acusación del suicidio: entonces, y solo entonces, fué enterrado por sentencia del tribunal de Riom.

Los asesinos que se habían sustraído á la venganza de los hombres no escaparon á la justicia de Dios: casi todos tuvieron un fin miserable, Roquefort y Farges se vieron atacados de extrañas y desconocidas enfermedades semejantes á aquellos antiguos castigos

que enviaba la mano de Dios á los pueblos que quería castigar. Farges sintió un encogimiento de la piel y unos dolores con tanta inflamación y tan devorante que le tenían que enterrar vivo hasta el cuello para refrescarlo. Roquefort tuvo una gangrena que le atacó la médula de sus huesos, y descomponiéndoselos le quitaba toda resistencia y toda solidez, de modo que no podía sostenerse en sus piernas y andaba arrastrando como un reptil. Los dos murieron en medio de atroces dolores y echando de menos el cadáver que les hubiera evitado tan horribles agonías.

Puntiagudo, condenado á muerte por el tribunal de los Asises de La Drome por haber asesinado á cinco personas, fué abandonado por su partido. Durante algun tiempo se vió en Avignon á su muger enferma y deforme ir de casa en casa pidiendo limosna para el que durante dos meses fué el rey de la guerra civil y del asesinato: después la vieron muda no pedir ya nada más y cubierta con un arapo negro: Pontiagudo había muerto no se sabe donde, en un rincón, en el hueco de alguna roca, en el fondo de algun bosque, como un tigre viejo á quien han cortado las uñas y arrancado los dientes.

Nadaud y Magnan fueron condenados cada uno á diez años á galeras: Nadaud murió en ellas: Magnan ha salido, y fiel á su vocación de muerte es hoy mozo de la limpieza pública encargado de envenenar los perros.

Hay otros todavía, que viven, que tienen destinos, cruces y charreteras, que se pasean en su impunidad, y creen sin duda haber escapado á la mirada de Dios.

Aguardemos.

LA FUENTE DE VAUCLUSE.

Quando se ha visto en Avignon el palacio de los papas, que acabamos de describir: la iglesia de los dominicos, que es una transición del género romano al gótico, cuyo pórtico data del siglo X, y encerrando el sepulcro de Juan XXII, que es del gótico florido, de un trabajo, de una elegancia y de una ligereza admirable: cuando se ha visitado el museo, legado por Mr. Calvét á la ciudad, que contiene una galería de cuadros, algunos trozos antiguos entre los que hay una cabeza de Caracalla representada en pasta, y muchos fragmentos de la edad media, de que hace parte el sepulcro de Jacobo II de Chabannes, que inútilmente habíamos buscado en el patio del maestro de posta de La Palissa: en fin,

cuando se ha estado encerrado una hora en el cuarto número 3 donde aconteció el horrible suceso que hemos contado á nuestros lectores en el capítulo anterior, se ha visto todo en Avignon, y para descansar de las fatigas de sus recuerdos de asesinatos de la Nevera y de los ahogamientos del Ródano, es preciso tomar un carruaje en casa de Boyer, pedir que lo guie su hijo, mozo alegre de buen humor, infatigable é inteligente, é ir en una buena mañana á visitar la fuente de Vaucluse animada todavía con la memoria de Petrarca y de Laura.

No entraremos en discusión ninguna sobre la existencia ó la no existencia de aquella vision celeste á la que el poeta ha dado una forma material. Volúmenes enteros han sido escritos en pro ó en contra: poco nos importa; porque para nosotros no solamente ha existido Laura si no que existe todavía: tal es el poder del genio, crea como Dios, y mas que Dios que cuenta nuestros días, el genio da á la obra de su imaginación una vida eterna.

Beatriz, Ofelia y Margarita, no han existido probablemente mas que en los sueños de Dante, de Shakespeare, y de Goethe; pero preguntámoslos nosotros. ¿La mano del Señor ha fabricado nunca de nuestro barro humano nada mas perfecto?

El camino que conduce de Avignon á Vaucluse es delicioso y se parece mucho al de Roma á Frascati: El fondo de la montaña es el mismo: la misma pureza del aire colora con los mismos tintes un horizonte igual. Avignon, como su reina, fué ciudad pontifical, y si le falta Capitolio, tuvo al menos su Vaticano.

Algun tiempo antes de llegar á las montañas, se encuentra la pequeña poblacion de la Isla, pintorescamente situada como lo indica su nombre sobre una lengua de tierra rodeada de agua; esta agua es la de la fuente de Vaucluse, que profunda, espumante y rápida, á una media legua de su manantial se divide en siete brazos todos navegables, y abandona su poético nombre, que no quiere comprometer, haciendo andar molinos y mover máquinas de manufacturas, para tomar el de la Sorgue. Ordinariamente en esta poblacion se deja el carruaje para tomar una vereda que muy pronto se interna en la montaña.

Algunos pasos del objeto de nuestro viaje, encontramos una posada que tiene un antiguo cocinero del duque de Otranto lleno de la importancia de sus funciones. Le preguntamos si nos podría servir una comida.

—No, señores, nos respondió: no os podré servir una comida: os haré comer y nada mas. Cuando se quiere comer en mi casa, es preciso prevenirlo con tres días de anticipación.

Como habíamos ido allí con otro objeto que el de tener un festín, le respondimos

que por aquel día nos contentaríamos con comer, y nos volvimos á poner en camino, indicándole la hora en que volveríamos á hacerlo.

La fuente de Vaucluse que ha inspirado á Petrarca algunos de sus mas lindos versos, forma un estanque ó recipiente de cincuenta pasos de circuito casi, pero cuya profundidad no ha podido determinarse. Cuando la vimos acababa de crecer en tres días ciento treinta pies poco mas ó menos. Cuando merma ó disminuye, lo que le sucede sin causa aparente, el agua se hunde y su recipiente presenta el aspecto de un vasto embudo al que con el auxilio de las piedras y de las rocas se puede bajar con bastante facilidad. Entonces se ve en la roca cortada á pico que domina la fuente de la altura de casi ochocientos pies, la bóveda de la gruta subterránea por la que viene el agua, que entonces cesa de correr por fuera; pero no se seca, sin embargo, nunca lo bastante para que pueda verse el fondo del lecho. Todo al rededor es un caos y diríase que á un cuarto de legua á la redonda del suelo ha sido trastornado por una conmoción volcánica. A la derecha por la punta de una roca, se desmoronan unas ruinas que llaman la casa de Petrarca, sin que nada venga á apoyar este nombre, que naturalmente les ha dado la ignorancia de los guías.

Permanecemos cuatro horas al lado de esa fuente, sacando el croquis de ella Jadin, y yo leyendo versos de Petrarca. Despues nos separamos de ella con pesar viendo llegar la hora en que debíamos comer.

Volvimos á casa de nuestro huésped, que habiendo sabido que éramos parisienses, habia echado el resto; pero por mas cumplidos que le hicimos, nunca quiso mirar si no como una colacion improvisada los cinco ó seis excelentes platos que nos habia servido. Por lo demas la cuenta, preciso es decirlo, estaba en armonia con la modestia del artista.

Despues de haber echado una última ojeada y dado el último adiós á la fuente de poético nombre, volvimos á tomar el camino de Avignon, donde nos aguardaba en casa de Mr. Moulin el mozo de carga Vernet, que habíamos querido conocer. Es un hermoso anciano, digno, sencillo, y todavía vigoroso, que no comprendió nada de nuestros elogios y rehusó nuestro dinero. Hicimos traer nonche del que apenas tomó un vaso. En tanto que hablaba conmigo y sin que él lo conociese, Jadin sacó su retrato muy parecido. Despues cuando lo hubo concluido se lo dió. El pobre Vernet no volvía en sí de su sorpresa. Por mucho tiempo creyó que nos queríamos burlar de él; en fin, sin querer reconocer que merecía nuestros cumplimientos, concluyó por convencerse de la sinceridad de ellos.

Hacia el fin de la noche nuestro digno huésped, que como se ha visto observó una conducta tan honrosa y tan valiente en la des-

graciada jornada del 2 de agosto, vino á hacernos compañía. Habia notado yo muchas veces la atención con que me miraba. Picado de aquella perseverancia, le pregunté la causa.

—¿Os llamais Mr. Alejandro Dumas? me dijo.

—Si.

—Perdonad mi indiscreción. ¿Seriais acaso el hijo del general Alejandro Dumas?

—Justamente.

—Ya lo creia yo en vuestro parecido. He conocido á vuestro padre.

—¡Ah! ¡ah!

—Es decir, lo he conocido como un sargento conoce á su general.

—¿Habeis servido á sus órdenes?

—He hecho todas las guerras de Italia y del Tirol: hablabais de fuerza, ¡vuestro padre si que tenia buenos puños!

—Espero, mi querido Moulin, que nunca os habrá dado pruebas de ellos.

—Os equivocais: una y pesada.

—¡Bah!

—No le tengo rencor: era por mi bien.

—Contadme eso.

—Imaginaos que nos hallábamos de guarnición en Plasencia: como todos los días los habitantes de la ciudad asesinaban á algunos de los nuestros, el general habia prohibido en la orden del día á los soldados y oficiales salir sin sus armas. Yo era muchacho en aquella época, no tenia miedo de nada, conocia mi fuerza, y no me daba cuidado de emprenderla á golpes con tres hombres: de modo que sali un día como un buen paisano con las manos en los bolsillos, sin sable ni bayoneta. Estaba echándola de buen mozo en la plaza cuando llega á caballo vuestro padre: veo que se dirige á mi y dije:

—Buena la he hecho.

—Efectivamente me habia guipado.

—¿Por qué no llevas sable? me dijo.

—Mi general...

—Bergante, ¡quieres que te asesinen! ¡Aguarda! ¡Aguarda!

Y al decir esto me agarra por el cuello, pone su caballo á galope, y me hace volar durante diez minutos rasando la tierra como una golondrina; despues sin detenerse, me tira en el cuerpo de guardia diciendo:

—Veinte y cuatro horas en el calabozo á este moceton.

Las cumplí desde aquel momento: no es eso lo que mas me humilló, sino el haber atravesado por Plasencia llevado en el aire como un simple maniquí.

—Y bien, sargento, me dijo en la primera revista.

—Y bien, general, le respondí, hasta hoy creia que nadie me vencia en fuerza; pero á vuestro lado soy un niño de teta.

—Vamos, vamos, ahí tienes un luis, vele á echar un trago á mi salud con tus camara-

das, y cuidado de salir otra vez sin sable.

La segunda recomendación era inútil: de la primera no me olvidaba.

Alargué la mano al veterano que habia tocado la mano de mi padre, y que tan bien se habia acordado de su primer oficio cuando habia sido necesario defender á aquel otro general que sin ser mi padre me llamaba tambien su hijo.

EL PUENTE DE GARD.

A la mañana siguiente á las siete, fuimos despertados por nuestro sabio cicerone. Venia á buscarnos para ir á visitar el puente de Villanueva de Avignon. Dijimos á Boyer que fuese á aguardarnos al camino de Nimes: atravesamos el puente de madera de la isla del Ródano, el segundo puente de barcas, y nos hallamos en Villanueva.

Al buscar un punto desde el cual pudiéramos tomar una vista de la ciudad, vimos un jóven que habia encontrado el suyo, nos aproximamos á él, y reconocimos un excelente amigo, Pablo Huet, el poeta pintor, el hombre de las tristes playas y las salvajes Landas, y los grandes horizontes. Era una maravilla encontrarle así á doscientas leguas de Paris, sin haberle dado cita, y con un dibujo enteramente hecho. Aguardamos á que le hubiese dado los últimos toques de la entonación. Despues pasó inmediatamente desde su carterá á la nuestra y nos pusimos á visitar á Villanueva.

Los monumentos góticos de Villanueva, son desde luego una hermosísima torre del siglo XIV, tallada en punta de diamante, que uniéndose con otras á las ruinas de una fortaleza se hallaba probablemente destinada á dominar el puente de San Benezet, enfrente de la que se halla colocada.

Despues una iglesia de la misma época casi, que pertenece como arquitectura al gótico de fines del siglo XIII, encierra un descendimiento de la cruz de un maestro italiano, tal vez el Giotto, que al venir á pintar la capilla del palacio habria al mismo tiempo pintado aquel cuadro de un magnífico colorido, pero colocado de modo que se necesita tener un grande instinto de artista para ir á visitarle. No es esta la sola pintura notable que se halla enterrada en aquel agujero: el hospital posee una página del siglo XV que no cede en nada á los frescos del campo santo de Pisa. Es una imitación de Orcagna y de Simón Memmi y que representa el Juicio